

En compaña de la desdicha ajena
De su infante tanto zelado el pie

Alto. Cierta que gualda le opondrá
No sin causa en el fin y acortará
Dijo en voz que de dolor traspalaba
Pues tanta bondad en el mundo

Al fin infante injuria y seña traspalaba
No se atreva de la vida la memoria
Su belleza eterna con los años
Y como el mar furo en su gloria

Como a la humanidad la seña
El tiempo del tiempo sus momentos
Y la vida al tiempo de su vida
La vida de la vida en sus momentos

CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.



EL ARPA MARAVILLOSA.

I.

Brillan los rayos postreros
Del sol, y en busca de esposa
Van por la playa arenosa
Dos gallardos caballeros.

En las colinas cercanas,
De sus corceles el paso
Al oír, salen acaso
A la puerta dos hermanas.

Teje la menor el lino,
La rica seda y el oro,
Y es de inocencia tesoro
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea
Y con envidia sin par
La mayor, sólo en cuidar
De los rebaños se emplea.

Rindiendo allí la jornada
Los nobles —cosa es sabida—
Quedó la menor pedida
Y la mayor despreciada.

II.

Ésta, después, dijo a aquélla,
De cariño haciendo alarde,
Con voz melosa una tarde:
—Mira qué tarde tan bella!

Vamos a dar un paseo
Del ronco mar a la orilla.
La rubia inquiere sencilla:
—¿Cuál es allí tu deseo?

—Que las dos nos parecemos
Oigo decir, cual estamos;
Pues si en el mar nos bañamos
Blancas al igual seremos.

—Aun cuando en él te lavarás
Noche y día sin salir

De sus ondas, corregir
Lo que hizo Dios no lograras.

Ni aun cuando como el armiño
Quedase, al fin, tu semblante,
A darte fuera bastante
De mi adorado el cariño.

Van a la playa, contenta
Una y la otra enojada,
Y está la menor cansada
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquélla cual fragua
Ardiendo en cólera, ruja;
Mas la morena la empuja
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano
Grita con voz lastimera:
—Para ganar la ribera
Tiéndeme, por Dios, la mano!

—Verás tu anhelo cumplido,
Hermana, cual otras veces,
Si en este trance me ofreces
Cederme tu prometido.

—Cuanto tengo te daría
Menos mi futuro esposo:

Él con amarme es dichoso,
Su voluntad no es la mía.

Mas te ofrezco, y no en olvido
Lo echaré, pues que te adoro,
Darte arracadas de oro,
Buscarte apuesto marido.

La brisa del Sur, en tanto,
Lleva el cuerpo mar adentro:
Vedlo flotar en el centro
Del extendido azul manto.

Bramando el Norte después,
Sobre las olas mecida
Viene la rubia sin vida;
Tocan la playa sus pies.

Mas sopla el Este a deshora
Y amanece la difunta
Inmóvil bajo la punta
De una barca pescadora.

III.

Por diferentes caminos
Y de región extranjera,
A la tranquila ribera
Llegaron dos peregrinos:

Al ver el cadáver yerto
Bajo el bote abandonado,
Los dos se arrojan, y a nado
Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por más desierta,
En el arenosa escarpa,
Y al punto forman un arpa
Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,
No bien armados de prisa,
Ponen, de cuerdas a guisa,
Los destrenzados cabellos.

—Vamos al hogar cercano,
Puesto que boda hay en él,
Dijo al ayudante fiel,
Que era un joven, el anciano.

Páranse junto a la puerta
Que, estando del mar enfrente,
Para dar paso a la gente
Quedado había entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana
Sin que una nota se pierda:
Claro la primera cuerda
Dice: «La novia es mi hermana.»

Oyendo este són extraño
 La novia inquieta se puso;
 Clamó con aire confuso:
 «El arpa cáusame daño.»

Obedeciendo al hechizo,
 Sonó la cuerda segunda
 Diciendo en nota profunda:
 «Morir la novia me hizo.»

Y sintiéndose subir
 La sangre toda al semblante,
 Gritó la novia al instante:
 «No quiero música oír.»

En armonioso compás
 Tercera cuerda decía:
 «¡Cuánto a la novia quería!
 ¡No me callaré jamás!»

Y entonces, ardiente llama
 Quemándola el corazón,
 Perdida ya la razón,
 Púsose la novia en cama.

Mas, dando el arpa sentida
 Nuevas y estridentes notas,
 Quedaron sus cuerdas rotas
 Y la culpable sin vida.

LA VUELTA DE UNA MADRE.

Va Pedro a una isla y hallando,
 Después de azares prolijos,
 Faz hermosa y genio blando
 En Berta, casó, mirando
 Crecer en torno seis hijos.

Después la peste arrebató
 A Berta, y de tal herida
 A Pedro el dolor no mata,
 Y en su condición ingrata
 Del bien que perdió se olvida.

Vase a otra isla y en ella
 Con nuevo himeneo sella
 La interrumpida ventura;
 La nueva esposa es muy bella
 Con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar
 No su compasión despierta